



AUTORES

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE DÉCIMOTERCERO TOMO.

ESPAÑOLES.

SRAS. D.³ ADRIANA FERNANDEZ Y SALINAS.—
D.^a CONCEPCION ARENAL Y FERNAN CABALLE-
RO.—SRES. D. JUAN CRUZ BUSTO.—D. M.
OSSORIO Y BERNARD.—D. R. SEGADE CAMPO-
AMOR.—D. E. THILLIER.—D. VICENTE RIVAS.
—D. MIGUEL MARTINEZ GINESTA.—D. RICARDO
SOLANS.—D. INDALECIO MARTINEZ ALCUBILLA.
—D. F. L. DE HENALES.—D. M. CARRERAS Y
GONZALEZ.—D. J. M. BALLESTEROS.—D. AN-

TONIO DE TRUEBA.—D. V. BARRANTES.—DON
M. J. PASCUAL.—D. J. F. SANMARTIN Y
AGUIRRE.—D. FRANCISCO PAREJA DE ALAR-
CON.—D. RAMON DE CAMPOAMOR.—D. JULIO
ALARCON Y MELENDEZ.—D. JUAN JOSÉ HER-
RANZ.—D. CÁRLOS FRONTAURA.—D. FRANCIS-
CO DEL VILLAR Y BUSTOS.—D. A. DE VALBUE-
NA.—D. J. M. GUTIERREZ DE ALBA.

EXTRANJEROS.

TH. LEBRUN.—ANDERSEEN.—JORGE FATH.—GRIMM.—J. RAMBOSSON.—P. J. STAHL.—J. DORÉ.

DIBUJANTES.

SRES. TERUEL.—ORTEGO Y OTROS.

GRABADORES.

SRES. CAPUZ.—MASSI.—TORO.—TRAVER.



Precio de la suscripcion..	Madrid.	3	pesetas trimestre, 5,50 semestre, 10	año.
—	Provincias.	3,75	— 7	— 12,50 —
Precio del número suelto..	Madrid.	0,50	— Provincias.	0,50
Precio del tomo encuadernado.	—	6	—	7,50

América, 5 ps. fs. 50 centavos año.—Extranjero, 20 fs. año.

MADRID, 1876.—Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Aribau y C.^a (sucesores de Rivadeneyra),
IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.

INSTRUIR DELEITANDO

LOS NIÑOS

REVISTA DE EDUCACION Y RECREO

PREMIADA EN LA EXPOSICION DE VIENA DE 1873

PUBLICADA Y DIRIGIDA

POR

D. CÁRLOS FRONTEIRA

CON LA COLABORACION

DE DISTINGUIDOS ESCRITORES Y NOTABLES ARTISTAS



TOMO XIII.

(CONTIENE LOS NÚMEROS DESDE 1.º DE ENERO HASTA FIN DE JUNIO DE 1876.)

AÑO VII DE LA PUBLICACION.

MADRID,
ADMINISTRACION DE LOS NIÑOS,
PLAZA DE MATUTE, NÚMERO 2.

MDCCCLXXVI.



A NUESTROS LECTORES.

Al empezar un nuevo tomo del periódico Los Niños no necesitamos seguramente formular promesas, pues harto saben nuestros infantiles lectores hasta dónde llega nuestro afán por complacerles; pero si en tal concepto podíamos economizar esta ligera introducción, nuestro deseo de darles gracias por su constante apoyo nos hace escribir estas líneas. Una publicación como la nuestra, que ha repartido ya doce tomos; que en ellos ha conseguido reunir las firmas de los escritores más notables de España y el extranjero; que cuenta sus grabados por millares y que puede consignar con orgullo el mérito de los mismos; una publicación que ha tenido la fortuna de contribuir durante seis años á la instrucción de la niñez, compartiendo con las madres el dulce deber de inculcar á los niños las máximas morales y

religiosas y con los maestros la espinosa misión de prepararles para el estudio de las ciencias y de las letras; una publicación que cuenta entre sus abonados á los hijos de los poderosos y á los de los menestrales, demostrada tiene plenamente la razón de su existencia y acreditado el favor del público.

Al dar principio á nuestras tareas en 1876, podemos adelantar á nuestros jóvenes lectores la noticia de que ya contamos con escritos sumamente apreciables, que con los de carácter didáctico alternarán otros muchos puramente recreativos y que las historias de *Rosita* y del niño de *El Primer pantalón* no serán las últimas que de su género publiquemos. Pero, en premio de nuestros esfuerzos, esperamos que nuestros abonados seguirán favoreciéndonos y siendo celosos propagandistas de la publica-

cion, que si aún nos ocasiona crecidos gastos y pérdidas positivas, nos permite, en cambio, abrigar el legítimo orgullo de que con ella contri-

buiamos á formar el corazon y alimentar las inteligencias de las generaciones que nos han de suceder.

LA REDACCION.

HIGIENE DEL EJERCICIO.

Hijos míos, no hay cosa más útil á la salud que el ejercicio, por cuya razon los antiguos hacian de la gimnástica la base de la educacion nacional.

Los griegos educaban á su juventud en todo género de ejercicios: los romanos, á imitacion de aquéllos, establecieron un campo de Marte, donde iba la juventud á buscar la fuerza y la salud. Para conservar la salud se necesita la circulacion de las fuerzas, y por consiguiente de los humores. Los efectos que produce en el cuerpo la inaccion son concentrar la accion en el epigastrio, produciendo la debilidad; y el movimiento, por el contrario, distribuye con igualdad las fuerzas, la accion en todos los órganos dándoles vigor, y por eso dijo Celso que la inaccion debilita el cuerpo y que el trabajo le fortifica; que la primera acarrea una vejez prematura y que el segundo prolonga la adolescencia.

El ejercicio fortifica el cuerpo, sostiene la salud y da al espíritu más disposicion y libertad. La falta de ejercicio es causa de obstrucciones en las vísceras y de que el sistema ner-

vioso adquiriera una movilidad y sensibilidad extraordinarias, por lo que no es de extrañar que sean tan frecuentes las obstrucciones de glándulas en los que tienen una vida ociosa y sedentaria, y que las afecciones nerviosas, la hipocondria, el histerismo, etc., sean el patrimonio de los niños criados entre la abundancia y los placeres. La vida ociosa no sólo produce enfermedades, sino que hace al hombre inútil para la sociedad, y es el origen de todos los vicios y de cuantas calamidades afligen á la especie humana.

Una de las que Focion llamó virtudes es el amor al trabajo. Sólo la actividad y el teson tienen el privilegio de aspirar á la gloria de sobresalir y ofrecer á los otros el estéril gusto de admirar los progresos, que de otro modo se reputarian por milagrosos ó imposibles. Para vosotros, hijos míos, debe ser un precepto riguroso el consejo sabio de Polibio á Scipion II, que le inspiraba ódio á los placeres de Roma, apartándole del ocio, de la disipacion y lujo que desdoraban la noble juventud de aquella decadente república. Los place-

res, le decia Pablo Emilio á su hijo, absorben la atencion, roban el tiempo y ofuscan las potencias. Su abuso no deja lugar, ni ganas, ni fuerzas para cosa buena. El trabajo mental exige un cuerpo sano, el que se enerva inutiliza ó pierde las aptitudes que tenía. ¡ Jóvenes, economizad las vuestras, para emplearlas bien, para lucirlas, para extenderlas!

La ociosidad, hijos míos, es á los ojos del mundo un verdadero crimen ó pecado contra naturaleza; es, por consiguiente, funesto y fecundo origen de males y vicios. Por esto las leyes desterraban de la Lacedemonia á los ociosos y poltrones, como lo hicieron en Esparta con Neoclides, reunido ántes todo el pueblo para inspirarle más horror á la intolerancia y holgazanería. Esta lo corrompe todo, dice Plinio; causa más estragos que la guerra, dice Juvenal. Minos hizo feliz á Creta prohibiendo la ociosidad como la más contraria á las buenas costumbres.

En el Perú antiguamente no se permitia á nadie fijar su domicilio sin que tuviese una conocida ocupacion, y no hace aún mucho tiempo, los Estados-Unidos, entre las medidas que tomaron contra las emigraciones europeas, fué el no admitir á los que no tuvieren oficio ni beneficio. ¡ Jóvenes, trabajad para estar robustos, para ser buenos, para ser felices! La historia de casi todas las naciones atestigua que el lujo y la molicie, enervando al cuerpo y corrompiendo las costumbres, han ocasionado la decadencia y ruina de los imperios,

produciendo revoluciones las más vergonzosas. También es cierto que á dicha causa se debe la degeneracion de la especie humana, la que sólo podrá prevenirse poniendo un antemural á nuestros vicios y malas costumbres, y haciendo que desde la infancia tengan los hombres una buena constitucion, con lo que se conseguirá que haya ciudadanos fuertes y virtuosos que pongan á salvo y hagan prosperar á la nacion.

Los niños, aunque débiles, se ponen robustos y resisten las vicisitudes de climas y estaciones con tal que se procure hagan ejercicio al aire libre, con lo cual se consigue también formar su corazon y talento, dando mejor direccion á las pasiones humanas, pues dándosela al trabajo se ha conseguido muchas veces mudar las más fuertes y viciosas inclinaciones.

El ejercicio más saludable es el que se hace al aire libre, poniendo en accion el mayor número de las partes del cuerpo, y el que es proporcionado al estado del individuo: tales son el paseo, la equitacion, la carrera, el baile, la esgrima, la caza, el juego de pelota, el de calva, la barra, volante, bolos; y también se puede colocar aquí el que se hace en el juego del billar, y aún el de leer en alta voz. Estos ejercicios no solo favorecen la igual reparticion de fuerzas en todos los órganos, dando al cuerpo vigor y agilidad, sino que también recrean el alma, produciendo sensaciones agradables.

El ejercicio que consiste en subir y bajar una escalera muchas veces,

con carga ó sin ella, y con más ó menos velocidad es tanto más saludable cuanto que agita á la vez todas las partes del cuerpo y tiene además la ventaja de poderse practicar en todo tiempo y cuando hay que privarse de los ejercicios indicados.

El verdadero ejercicio no consiste en ir en coche, sino en poner en movimiento el cuerpo, sin fatigarle demasiado. El coche conviene sólo á las personas muy débiles y á los ancianos. La equitacion es tan conducente para la salud como agradable. Conviene á los convalecientes, á los débiles; conserva y restablece el equilibrio físico; y Sydenhan mira el ejercicio á caballo como uno de los remedios más eficaces para la curacion de varias enfermedades. Sin embargo, el ejercicio, así á caballo como á pié, no debe hacerse inmediatamente despues de la comida ó mientras se ejerce la digestion, y siempre será más útil ántes de comer que despues.

El ejercicio será proporcionado á la constitucion de los sujetos y á la estacion. Los pituitosos, los niños y los nerviosos é irritables deben hacer más en las estaciones frias y húmedas que los sanguíneos, los biliosos atrabiliarios y los viejos, los cuales deben hacer muy poco en las estaciones frias y secas, y en las secas y calientes.

Los jóvenes que por su condicion ó facultad no pueden ir á caballo ni hacer uso de los juegos de que hemos hecho mencion, pueden reemplazarlos por medio del baile, pues

tiene la ventaja respecto de los demás que da flexibilidad al cuerpo y extension al pecho, por la precision que hay de doblarse y levantarse con frecuencia. El baile es el ejercicio que más conviene á las mujeres, y es para este sexo lo que el montar á caballo para los hombres.

Convenidos en que el ejercicio es el mejor elemento de la salud, que la vida activa es el asilo más poderoso de la virtud y la egida de aquélla, saquemos de él tanta utilidad para la salud como felicidad puede resultar á la sociedad.

Consideremos á los aldeanos ocupados todo el dia en sus trabajos y verémos que cantan en medio de ellos y que gozan de salud, mientras que los ricos de las ciudades, descansando entre placeres, se ven oprimidos de mil males. « La gota, dijo Lafontaine, está en las ciudades y la araña en los campos. » El trabajo, hijo de la necesidad, es el padre de la salud y bienestar. Sin embargo, para que los trabajos conserven y vigoricen la salud se necesita que sean proporcionados al estado de las fuerzas, porque si son excesivos acaban demasiado y la vejez se anticipa.

Estos efectos se deben á una concentracion fuerte y habitual de fuerzas en lo interior, y es falso lo que han querido indicar algunos egoistas de que el hombre que tiene que ganar su sustento á fuerza de trabajo viva más tiempo que los ricos que recogen el fruto de sus sudores: semejante modo de pensar lleva sin duda el fin de consolar á los pobres,

á quienes la fortuna ha condenado á trabajar toda su vida, y de persuadirles que de este modo vivirían más tiempo y con salud. Este sistema, inventado acaso para acabar de destruir toda sensibilidad en el corazón del rico y eximirle de hacer bien, nos debe producir un efecto contrario: la persuasión de que los hombres obligados á trabajar mucho toda su vida son viejísimos á los 60 años, y es raro el que vive más, al tiempo que aquellos que han sabido hacer uso de los favores que les ha

dispensado la fortuna llegan á los 80. Sí, hijos míos, compadezcámonos de los pobres cuya escasez les reduce á la durísima necesidad de trabajar toda su vida; socorrámosles y ayudémosles compartiendo con ellos su trabajo: no nos olvidemos que el hombre no nació para estar ocioso, que la naturaleza nos ha condenado á que trabajemos, ó mejor diré, nos há hecho un bien, queriendo que al mismo tiempo que ayudemos á nuestros semejantes, seamos ayudados por ellos.

M. DE LA J.



LA PESCA EN EL EBRO.

Uno de esos días caniculares, en que, herida la tierra perpendicularmente por los rayos solares, parece que vomita llamas, salieron de pesca Meliton, Perico, Teófilo y Jesusito, armados de redes, cañas y buitrones, contra la voluntad de sus ancianos padres. Jadeando, con un palmo de boca abierta, llegaron al río; pero, hechos un mar de sudor y muy fatigados, no se determinaron en un rato á entrar en él, pues de seguro les hubiera costado caro. Repuestos ya algun tanto, armaron sus redes y las colocaron con el mayor cuidado en el pozo, llamado la *Pesquera*.

Miéntras algun incauto pez caía en aquellas trampas, los niños se retiraron á saborear unos trozos de jamon que robaron en casa de sus padres, á la sombra de una colina cuya marchita hierba pacían unos blancos corderillos. Concluida la comida se pusieron á cantar alegremente: ¡Qué bien dice el refran, que de la panza sale la danza!

En aquella dulce expansion, notaron que entre las rocas de un excelso monte se repetían las últimas palabras de las letrillas que cantaban.

¿En qué consiste esto? preguntaron Perico y Meliton; ¡parece que nos están haciendo burla otros titerillos!

Teófilo, que por casualidad habia

oído á su profesor explicar hacía pocos días la causa de la reproducción de los sonidos, les dijo: «Eso se llama el eco ó repetición del sonido, es decir, que los gritos que damos, al llegar á aquellas rocas, chocan con ellas y vuelven á nosotros, como cuando arrojamos una pelota contra la pared.» Impaciente Meliton le interrumpió diciendo:

—Voy á ver si hay algun prisionero en las redes.

—Pues nosotros tambien, respondieron los otros.

En efecto, echaron á correr, se descalzaron y sacaron una multitud de cangrejos, barbos y una que parecia anguila, con otros muchos pececillos.

¡Qué gozosos se pusieron los jóvenes pescadores! Locos de contento volvieron á casa con su presa, parte de la cual llevaron viva en un bote de hoja de lata que tenían para beber; cogieron una jofaina llena de agua y metieron en ella los peces vivos, que alegres empezaron á nadar en todas direcciones. ¡Con qué placer los contemplaban! pero luégo su alegría se convirtió en tristeza. Van á sacar aquella que creían una anguila, se lanza sobre el más pequeñito y le deja clavado el aguijon. ¡Era una culebra! Por momentos se fué inflamando la mano, en que recibió la herida. Alborotados los de la casa, tu-

vieron que llamar á un hombre para que matára aquel nocivo animal. Despues llevaron á Jesusito á la suya, para que lo curára su padre, como así lo hizo, cauterizando la herida con la sal amoniaco que trajeron de la botica. A consecuencia del susto que recibieron los niños, no se acercaron á ver más los peces, pues cada uno les parecia una culebra; y aunque los frieron, tampoco los gustaron de miedo y repugnancia, castigando Dios así el haberse marcha-

do á pescar, sin licencia de sus padres, que tambien los castigaron severamente.

En vista de tan patente castigo, os aconsejo que no desatendais jamas las órdenes de vuestros padres y superiores, porque dice San Pablo que el que resiste á una autoridad cualquiera resiste al mismo Dios, y el que resiste á Dios será castigado como estos inobedientes pescadores.

JUAN CRUZ BUSTO.



LA MAÑANA DE LUCÍA.

I.

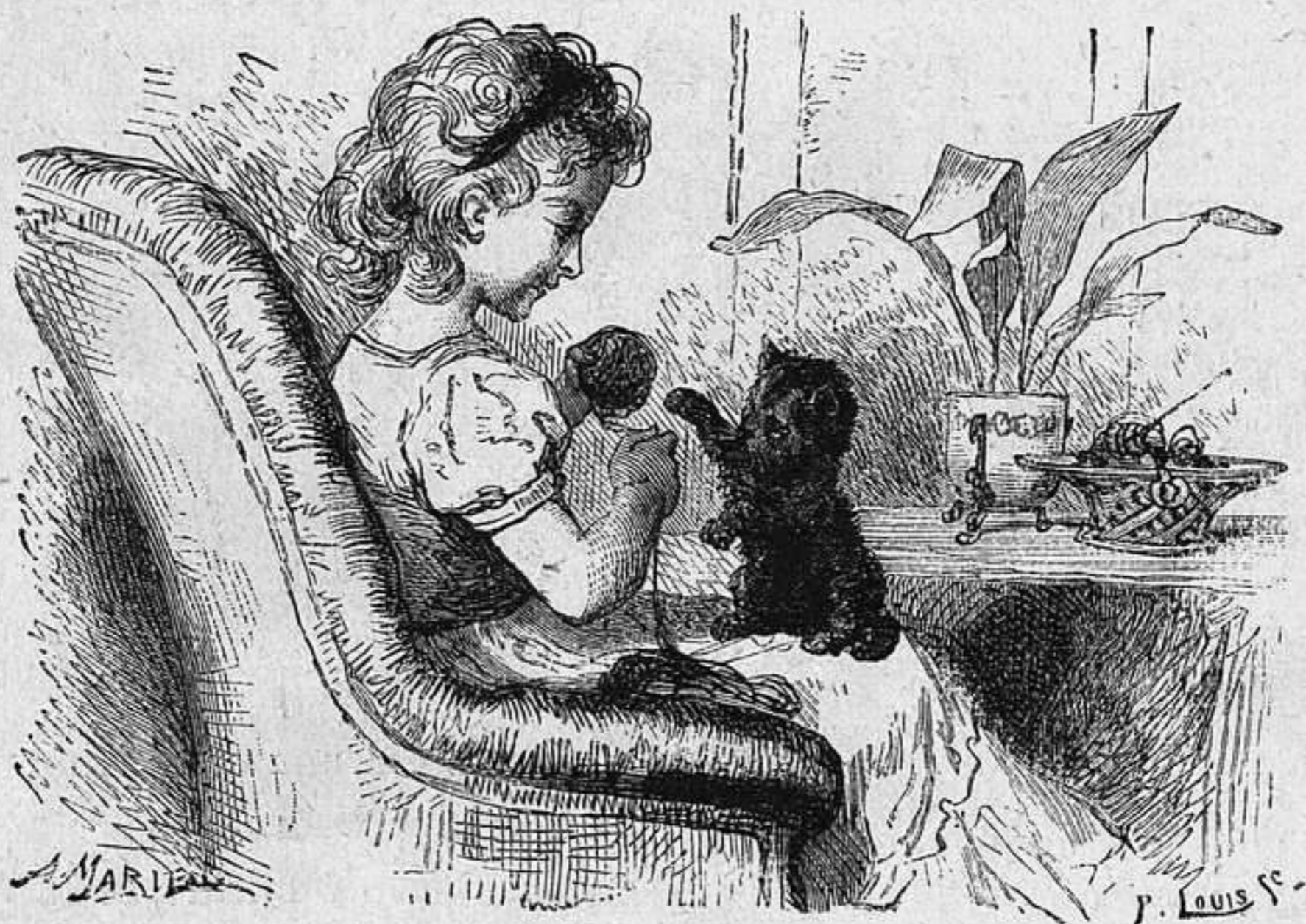
A la niña Lucía
Dijo su buena madre una mañana:
—Necesito, hija mia,
Salir hoy con tu hermana,
Para ver si le sacan una muela
Que le viene impidiendo ir á la escuela.
Como la ociosidad es mala cosa,
Y no quiero que te halles nunca ociosa,
Ni por toda la casa andes jugando,
Quiero que estés formal como una vieja,
Cosiendo tu vestido ó devanando
De la lana que traje una madeja.
—Tengo tiempo de sobra
Para jugar y hacer esa faena.
—Haz primero esa obra.
—Descuide V., mamá, yo seré buena.—
Y Lucía, queriendo
Mostrar á su mamá que no eran vanas
Sus promesas, sentóse sonriendo,
Y en seguida, devana que devanas,
Y entonando un cantar tierno y sencillo
Dió principio á su ovillo.

II.

Lucía era una niña primorosa
Y formal y hacendosa;
Mas se puso á mirar por la ventana
Por ver si estaba buena la mañana;
Que en el invierno crudo
Hay siempre tanto huérfano desnudo,
Tanto pobre, que apena
Verles sufrir á toda niña buena.
—Cuando yo sea mujer, dice Lucía,
No ha de haber pordiosero
En las calles, de noche ni de dia,
En tanto que yo tenga algun dinero.
A todo el que hambre, por desdicha, pasa,
Yo le traeré á mi casa,
Le daré mi comida,
Y á los niños que estén abandonados
Les haré que conozcan otra vida
A fuerza de cariño y de cuidados.—
El propósito es digno de la niña,
De su buen corazon y su talento:
No hay miedo que la riña
Su madre por tan noble pensamiento,

Por más de que el remedio muy sensible
 Le será conocer que no es posible.
 Pero ¿qué es lo que tiene
 La niña que, bajándose hasta el suelo,
 Parece como que á otro reconviene
 Llamándole *pillastre* y *tunantuelo*?
 ¡Qué ha de ser! Que el Negrito,
 Que es un travieso y jugueton gatito,
 A su madre abandona,
 Gata formal cual debe una matrona
 Que se queda lamiendo á su otro hijuelo,
 Y el Negrito corriendo por el suelo
 Ha visto de la niña la madeja,

Y la enreda, y la estira y la maneja
 Cual si quisiese con gatuno instinto
 Realizar con su lana un laberinto.
 Colérica la niña hasta el exceso
 Coge al Negrito en brazos, le da un beso,
 Y ahuecando la voz dice al culpado:
 — Señor mio, está usted muy mal criado:
 Su señora mamá, si es que le quiere,
 Debe enseñarle más lo que requiere
 Su condicion. — Y el gato, satisfecho
 Y sin remordimiento de lo hecho,
 Sobre la misma falda de Lucía
 Medita, acaso, nueva picardía.



III.

— Señor Negrito,—sigue la habladora:
 Déjeme usted ahora
 Que remedie los daños que ha causado,
 Y otra vez tenga usted mayor cuidado.
 ¿Usted piensa burlarse, señorito?...—
 Y la escucha el Negrito
 Con tal docilidad, que no creyera
 Que es un gato ninguno que le viera.
 Sólo de vez en cuando,
 Y á fin de responder á su manera
 A lo que su señora le está hablando,
 Alarga la patita
 Para coger las hebras de la lana,
 Permitiendo creer que necesita

La niña una semana,
 Si ha de hacer el ovillo
 Con la ayuda eficaz de su gatillo.

IV.

— ¡Qué tal, dice Lucía,
 Te sentará un collar, color de grana
 Hecho con esta lana?
 Y para que su loca fantasía
 Satisfecha se quede, loca intenta
 Ejecutar la operacion violenta.
 Defiéndose el Negrito;
 Entáblase una lucha verdadera;
 Y decirte, lector, no necesito
 Que el ovillo rodando va á la estera.

— Bribon, si no estás quieto
 Un ejemplar castigo te prometo.
 ¡Me miras? ¡Qué insolencia!
 Haga usted un exámen de conciencia.
 Primero: esta mañana
 Gruñó usted á su madre, que le cria
 Y que con sus pillastres está ufana,
 Cuando más le peinaba y le lamia.
 ¡Dices que te hizo daño
 En el ojo?..... Es engaño.
 Bueno, y aunque así fuera,
 Antes que demostrarle esos enojos
 Y ponerte con ella hecha una fiera

Debiera usted cerrar siempre los ojos.
 ¡Nada! no me responde.....
 Usted mismo confirma su delito.
 Pero aún hay más : despues á su hermanito,
 Que ahora de mí se esconde,
 Le quiso usted pegar..... llegó á pegarle,
 Con el fin de apartarle
 Del plato en que la leche le servia.
 ¡Qué es eso? Dice usted que la queria.....
 Pues él tambien : y discusion no admito
 Que lo mismo es el Blanco que el Negrito.
 Tercero y principal : cuando á la reja
 Me asomé hace un momento,



Volvió usted en maraña la madeja,
 Y esto merece rápido escarmiento.
 Si usted no se corrige
 Y alcanza educacion más esmerada,
 Tendré que castigarle, ya lo dije,
 Y haré, aunque castigarle así me aflige,
 Una que sea sonada. —
 Y á fin de que el gatito
 Sus palabras creyera,
 Quiso accionar severa
 Y de nuevo caer dejó el ovillo.

V.

Libre de los cuidados maternales
 El otro gato ya, la bola viendo

Por el suelo rodar, por las señales
 Juzgó que allí se estaban divirtiendo ;
 Y que él, como á su hermano,
 Aprovechar debia
 En jugar el trabajo de Lucía.
 Y desde el taburete hasta el piano,
 Desde allí á los sillones,
 Ningun objeto deja
 De la sala en diversas direcciones
 Que señales no tenga de madeja.
 Y en tanto la chicuela charlatana
 Sin parar atencion en su delito,
 Ni pensar que se pasa la mañana,
 Así sigue diciéndole al Negrito :
 — Pasemos á otro punto, caballero.
 ¡Usted sabe siquiera ,

Que puedo hacerle todo cuanto quiera?
 Abusa usted, sabiendo que le quiero,
 Antes, al asomarme á la ventana,
 Ver nada más queria
 Qué tal se presentaba la mañana,
 Si estaba seco el piso ó si llovía;
 Ver si los pobrecillos saboyanos
 Con sus arpas llegaban
 Y por el frio con sus rojas manos
 Ante la casa como ayer tocaban.
 Como usted está siempre satisfecho
 Y es un tuno egoista,
 Que solamente atiende á su provecho,

Nunca fija su vista
 En esos desdichados,
 De hogar, de amor y hasta de pan privados.
 No sabe, no, ni su dolor despierta
 Ver guarecerse al pobre en esa puerta,
 Ni siente compasion cuando hácia el rio
 Las pobres lavanderas se dirigen
 Con el rostro aterido por el frio,
 Las penas olvidar que les afligen
 Por su jornal mezquino,
 Que no paga lo largo del camino.
 Usté no se hace cargo
 De cuan penoso y largo



Es el camino suyo..... Sus pesares
 No sabe comprender, ni su desvelo,
 Ni si pueden ó no romper el hielo
 Que hoy arrastra tal vez el Manzanáres.
 ¡Vamos! ¡Usted que haria
 Si fuese lavandera
 Como lo es la María?
 Pues, primero debiera
 Ponerse en la cabeza un pañolito
 Como el que tengo aquí..... Quieto, Negrito,
 Que está muy guapo así... No se me mueva:
 Déjeme usted siquiera hacer la prueba.
 Pero es inútil toda su elocuencia:

Del Negrito se cansa la paciencia,
 Y Lucía, queriendo
 Sujetarle, volviéndose con maña,
 Se queda absorta viendo
 La gran tela de araña,
 Que aprovechando su descuido un rato
 Hizo con el ovillo el otro gato.
 — ¡Vea usté! dice Lucía,
 Lo que es dejarles solos un momento....
 Si una de ellos se fia....
 ¡Me servirá su infamia de escarmiento!

(Se concluirá.)

OSSORIO Y BERNARD.

EL CAZADOR DE INSECTOS.

Hé aquí, mis queridos niños, una historia que puede servir de buen ejemplo y enseñanza, si la leéis con alguna atención y meditáis un poco sobre ella.

Yo puedo aseguraros que áun cuando tiene algo de cuento, tiene mucho de historia verdadera, é historia contemporánea, pues vive todavía el principal protagonista, de cuyos labios la he oído según voy á contárosla ahora mismo, salvo alguna que otra variante y añadidura que me ha parecido oportuno poner de mi propia cosecha.

I.

La tierra donde yo vivo y, que es la misma en que he nacido, amados niños, está situada en un rincón de España, y áun hace pocos años era tan desconocida que se tenía á sus moradores como á gente ignorante y falta de entendimiento, hasta el punto de suponer que no servían más que para llevar fardos y muebles de una parte á otra por las calles de Madrid, Cádiz ó Jerez; pero el tiempo, que se encarga de desvanecer muchas dudas y áun errores, se encargó también aquí, en este caso, de aclarar y probar que les sobraba ingenio é instrucción bastante para igualarse con los de otros pueblos, dando al país hijos esclarecidos de

elevado pensamiento, que figuraron y figuran en el día entre los sabios, los literatos y los artistas de mayor nombre y fama.

Y, sea por esto ó por otra causa, no se había estudiado el país en sus producciones naturales: sin embargo, alguno que otro viajero distinguido que se resolvió á recorrerlo, llevado de su ardiente curiosidad científica, quedó tan sorprendido al contemplar las variadas riquezas que encerraba en su seno y la belleza y hermosura de sus siempre verdes campiñas, que dió en prodigarle por todas partes las merecidas alabanzas, que corrieron hasta extrañas tierras, con admiración de los mismos que ántes la tenían en poco valer y hablaban de ella en són de burla, deseando con vivo interés el apreciar por sí mismos las bellezas de este escondido y encantador país.

Desde entónces el nombre de Galicia, que ésta es la tierra de que os hablo, voló en alas de la fama, y la verdad y la justicia vino á ocupar el lugar del error y la calumnia, y muchos de los descreídos, al pisar por primera vez su suelo la hallaron más hermosa y variada de como se la habían pintado; de manera que al volver á su pueblo no hablaban de otra cosa, deshaciéndose en elogios de la amenidad y riqueza de aquella tierra.

II.

Entre los que fueron atraídos por la novedad de las producciones científicas de Galicia, os citaré, niños míos, á un frances llamado M. Gougelet, infatigable anciano y conocido entomólogo, ó sea recolector de insectos.

En el pueblo en que más hizo parada fué en Santiago, y no porque en sus alrededores encontrase mayor número de especies, sino que como centro del saber por su renombrada Universidad, allí se reunían, y se reúnen aún en el día, los hombres más ilustrados y más entendidos en las ciencias que él cultivaba con tanto entusiasmo.

Era de ver como el buen naturalista, provisto de sus cajas, botes y más accesorios cruzaba de una á otra parte los alrededores de la ciudad, revolviendo las piedras de los caminos y medio deshaciendo los vallados y las paredes viejas y subiendo los escarpados cerros á caza de algun insecto para enriquecer su colección.

Uno de los que le seguían, lleno de curiosidad y admiración, era un niño del pueblo, que no le dejaba un momento, pues casi siempre le acompañaba aunque á respetuosa distancia. Era el pobrecito hijo de una viuda, casi ciega, que esperaba con ansia el momento en que pudiese ganarle algun jornal para hacer más llevadera su triste vida; tenía gran afición al estudio y en la escuela

llevaba siempre el primer premio.

Desde el día en que vió pasar por su barrio á M. Gougelet cargado con todos los utensilios necesarios para la caza á que se dedicaba, comenzó á seguirle y á no perderle de vista ni un momento, creciendo su curiosidad y admiración al observar cómo removía todas las piedras que encontraba, y cogía de debajo de ellas una cosa que no distinguía lo que era, pero que el naturalista guardaba con mucho cuidado en unos frasquitos que traía ex profeso. Sin embargo, Manuel (que éste era el nombre de aquel niño) temía mucho acercarse al *Monsiú*, como dieron en llamarle las gentes del pueblo, por el respeto que le causaba y lo desconocido que era para él, y lo que oía hablar á otros que le juzgaban ave de mal agüero, en su profundísima ignorancia y ligereza.

De aquí el que se limitára á seguir sus pasos y observarle á respetuosa distancia un día tras otro, sin que notase en él nada que pudiese merecer la calificación de malo, ántes por el contrario, á todos cuanto hallaba en su camino saludaba con exquisita cortesía y con dulce amabilidad; esto contribuyó á que en una ocasión en que M. Gougelet se veía embarazado para remover una piedra, efecto de tantos objetos como traía consigo, se atreviese Manuel á ayudarle con buen éxito consiguiendo levantarla. Entónces vió con sorpresa como el naturalista se apresuraba á recoger los *bichos* que había debajo de aquella piedra, que corrian á esconderse

en sus cuevas, pero que él detenía en su camino cogiéndolos y guardándolos en uno de los frascos que traía al intento. Ante esta operación quedóse el pobre Manuel sorprendido y confuso, pues no podía explicarse el servicio y utilidad que podía sacarse de aquella caza.

El naturalista fijóse, con aquel motivo, en el joven que le había prestado su ayuda tan oportunamente, y el examen que hizo de sus prendas y figura fué muy favorable para nuestro héroe. Y no era extraño que así sucediese, porque tenía Manuel agraciado el rostro, mirar vivo y alegre y una sonrisa que inspiraba simpatía, de modo que al punto M. Gougelet le dirigió la palabra, preguntándole si le gustaba aquella caza. Nuestro joven sólo pudo contestarle que era una caza desconocida para él y que no sabía qué servicio podían prestar tales bichos, lo que tenía muchos deseos de saber y conocer. Esta contestación aumentó más la simpatía que ya sentía el naturalista entomólogo hacia el pobre Manuel, de modo que se apresuró á decirle: «Bien, hombre, bien; me complacen mucho esos deseos y esa curiosidad que demuestras por saber el valor que tienen estos bichos; si quieres me acompañarás todos los días en mis excursiones y ahora mismo puedes empezar trayendo esta cajita.» No ambicionaba otra cosa Manuel; así fué que se acercó á coger á toda prisa de manos del francés la cajita que éste con gusto le alargaba, siguiéndole después en su excursión:

excursión: excursión en la que nuestro joven comenzó á iniciarse en los principios de la ciencia que cultivaba el naturalista extranjero, así como éste se enteró de su situación y modo de vivir, comprendiendo en seguida, por sus respuestas y observaciones, que el muchacho tenía ingenio, gran facilidad para aprender, y tanta, que le llamó mucho la atención.

Siendo la hora en que tenía por costumbre M. Gougelet suspender la caza, tomaron el camino del pueblo, y al llegar á la posada en donde vivía durante su estancia en la ciudad, hizo subir á Manuel á su habitación, y allí le enseñó curiosas producciones naturales que cada vez le tenían más admirado y entretenido. También le dió á conocer y le indicó algunos insectos curiosos que existían en los alrededores del pueblo y del que deseaba poseer más ejemplares, nombrándole las localidades donde podían existir, para que fuese haciendo acopio de ellos.

Allí permaneció algún tiempo oyendo las lecciones que le daba el buen francés, hasta que éste le despidió con una pequeña gratificación, que admitió Manuel, porque fué dada para que se la entregase á su madre, y citándole para el día siguiente, le propuso que vería con gusto le acompañase los días que permaneciese en Santiago.

III.

¡Qué más quería Manuel! Lleno de gozo y rebosando su corazón de

alegría, echó á todo correr hácia su pobre choza (que éste era el nombre que merecia lo que él llamaba casa).

En honor de la verdad, debemos decir que en la alegría que sentia nuestro jóven entraba por mucho el verse en condiciones de poder servir de algo á su pobre madre, de la que él venía á ser el único amparo.

Aquella era la primera vez que con ménos trabajo habia ganado más jornal, que deseaba entregar cuanto ántes á su madre; de modo que corria y más corria, encontrándose á la puerta de su casa en pocos momentos. Contó á su madre en breves palabras el encuentro que habia tenido aquella tarde: la pobre ciega, que conocia el carácter é índole de su hijo, ninguna observacion le hizo respecto á haber faltado aquella tarde á la escuela, pero le advirtió que si pensaba seguir acompañando á tan buen señor, como ella le llamaba, no sería malo fuese á pedir licencia al profesor.

Manuel pensó que su madre tenía razon en lo que decía y que el consejo era oportunísimo, una vez que la plaza que habia obtenido en la escuela era gratuita y podia perderla fácilmente; de manera que, conforme con esto, á la mañana siguiente la primera cosa que hizo fué dirigirse á la casa de su profesor y pedirle la licencia necesaria para no asistir á la clase. Este no tuvo reparo en concedérsela, en vista de los buenos antecedentes y de la notable aplicacion con que se distinguia siempre Manuel.

Satisfecho nuestro héroe del buen resultado de sus pretensiones, pasó á verse con M. Gougelet, hallándole ya dispuesto para la nueva excursion de aquel dia; se apresuró, pues, á ayudarle en preparar todos los enseres necesarios para el viaje, y cogiendo los objetos de más bulto, como eran las cajas de mayor tamaño, tomaron el camino que tenía marcado en sus apuntes el infatigable naturalista, sirviéndole Manuel de guía.

Fueron muy afortunados en la caza, y tanto que M. Gougelet saltaba de gozo al encontrar tan buenas especies de insectos, que algunos era preciosos por lo raro y desconocido. En los momentos en que hacian algun descanso, ya para ordenar los insectos que cazaban, ya para dar reposo al cuerpo fatigado, recibia Manuel algunas lecciones del naturalista viajero, que con su viveza y fácil comprension aprovechaba grandemente.

Entre los insectos que habian recogido habia uno que excitaba mucho la atencion de Gougelet, pero del cual no habia hallado más que un ejemplar; esta circunstancia llamó mucho la atencion de nuestro héroe, y, fijándose bien en la figura que presentaba el insecto, le dijo que cerca de su casa, en un montecillo donde solia ir á jugar con otros chicos los domingos, le parecia haber visto alguno de aquellos insectos.

Como era natural, dudó el naturalista; y aun médio se sonrió de la afirmacion del bueno del muchacho,

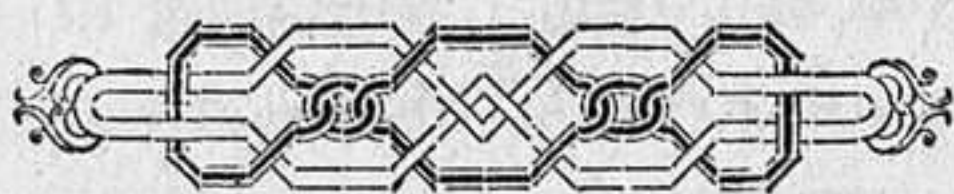
diciéndole, entre otras cosas, que á simple vista y sin un exámen muy detenido no se podia conocer un insecto de aquella clase; porque los más ilustrados en este ramo de la Historia natural, que se llama Entomología, hallarian para clasificar-

lo de ese modo grandes dificultades.

Otra nueva propina le dió aquel dia el frances á nuestro jóven, que corrió, como el dia anterior, á entregar á su querida madre.

(*Se continuará.*)

R. SEGADE CAMPOAMOR.



QUIEN BIEN HACE, BIEN ESPERA.

Era una tarde del mes de Diciembre.

El cielo estaba engalanado con un diáfano manto azul, miéntras la tierra se veia tapizada con una alfombra de blanca nieve que dias anteriores aquél le habia regalado.

Un frio intensísimo convertia en duros cristales de hielo la blandura que habia producido el sol del mediodia.

A pesar del rigor y crudeza de aquel dia, el pobre bisabuelo de mi esposa regresaba á su casa á pasar las Navidades con la demas familia, alentado por el entrañable amor que le tenía.

Al cruzar la imponente y solitaria Sierra de Oca, le asaltó una partida de malhechores, que, miéntras le despojaban de cuanto llevaba, resolvian quitarle la vida para que no los descubriera.

El jefe de aquella vil canalla, que no le quitó la vista desde que con ellos se encontrára, le preguntó:

—¿De dónde es V.?

—De Rodezno, respondió el viajante, con voz medrosa.

—Usted es, repuso el ladron, el señor Leonardo?

—Sí, señor.

—¡Hombre, V. por aquí? ¿De dónde viene? volvió á preguntarle.

—De Búrgos.

—Vaya, compañeros, dijo el mismo jefe, á este hombre se le deja en paz, y se le vuelve lo que le habeis quitado, y cuidado con molestarle, porque un dia cruelísimo de invierno, yendo mendigando por su pueblo me hospedó en su casa y me puso á cenar con su familia, al lado de una hoguera que me dió la vida, y es muy justo que yo le pague aquel beneficio.

Así lo hicieron: le entregaron lo robado y le acompañaron hasta salir de aquellos montes peligrosos.

Niños, haced bien y no repareis á

quien, pues bien claramente veis en este suceso histórico, que las obras buenas tarde ó temprano obtienen su justa recompensa.

EL ORGULLO.



El orgullo es uno de los vicios más abominables y Dios siempre lo castiga.

En un pueblo habia una mujer rica y hermosa, cuyo desmedido orgullo causaba horror á todo el mundo. Su misma familia veia con pena tan vituperable pasion. Nadie la amaba. Un dia vino al pueblo una pobre mendiga con cuatro hijos, y se puso á pedir limosna cerca de la puerta del palacio de la dama.

Los pobres vecinos del pueblo socorriéronla con amor; solamente la orgullosa pasó á su lado, altiva y sin dignarse contestar á su saludo.

Pues bien, hijos míos, diez ó doce años despues, las vicisitudes de la fortuna trajeron á la gran señora al más miserable estado, y se vió en la necesidad de pedir una limosna, como la mendiga por ella desdeñada.

Y hubo de alejarse de aquel pueblo, porque allí, donde nunca habia hecho beneficio alguno, tampoco hallaba quien la quisiera favorecer.

Dios siempre es justo, hijos míos.